

## SOBRE LOS “5 CASI SONETOS” DE ALFONSO REYES

En agosto de 1930, en un hermoso ensayo publicado en su revista *Monterrey*, Alfonso Reyes habló con nostalgia sobre uno de los sueños que más había acariciado a lo largo de su vida: participar en la creación de una pequeña imprenta. De realizarse, sería, desde luego, un taller de ediciones hermosas e impecables; pero sería también, y sobre todo, una forma de vida, un lugar de reunión para un reducido grupo de gente bien avenida y de ideales comunes muy definidos; un lugar, en fin, en donde el poeta o el escritor podría trabajar sin caer víctima de la enajenación a la que soía, y suele, llevar la organización del trabajo de la sociedad moderna. Al contrario:

Un sentido de fraternidad dignificaría el trabajo, y aquello de ver cada día la creación de nuestras almas reducida a la lealtad de la forma material por el ministerio de nuestras manos. El trabajo así sería alegre y se acercaría al juego lo más posible, que es el verdadero perfeccionamiento del trabajo donde quiera que son libres los hombres<sup>1</sup>.

Como el mismo Reyes pronto se dio cuenta, en su caso se trataba de un sueño irrealizable. En 1915, estando ya en Madrid, un amigo mexicano le había hecho ver todos los problemas prácticos que este tipo de trabajo implicaba, señalándole

la repelente realidad de los manchones de tinta y la basura del taller inundando toda la casa, la imposibilidad en que yo me vería de hacer la tarea por mí mismo, la necesidad de alquilar a un hombre

<sup>1</sup> ALFONSO REYES, “La imprenta medieval”, *Monterrey. Correo de Alfonso Reyes* (Río de Janeiro), 1930, núm. 2, p. 1.

que trabajara a destajo, dijera palabrotas, se me impusiera poco a poco con la fuerza de la materia bruta, y acabara por tiranizarme<sup>2</sup>.

Así, Reyes se mantuvo siempre fiel a su trabajo diplomático y a su vocación literaria; realizó, eso sí, notables trabajos editoriales, primero en Madrid, donde, en colaboración con Juan Ramón Jiménez y Enrique Díez-Canedo, dirigió la revista *Índice* (1921-1922), y después en Buenos Aires, donde editó los *Cuadernos del Plata*, ediciones todas que tanto influirían en la obra de las nuevas generaciones en uno y otro lado del Atlántico; sin embargo, nunca llegó a ser impresor; siempre tuvo que contar con lo que en este mismo ensayo llamó “ese error de traducción que se opera siempre entre la voluntad del poeta que concibe sus libros y la ejecución rutinaria e insípida del oficial que los imprime”<sup>3</sup>.

Esta utopía de “la imprenta medieval” evidentemente ejercía sobre Reyes una fascinación muy grande. De modo que si bien él mismo se encontraba imposibilitado para hacer este tipo de trabajo, no dejaba de apoyar y promover a quienes sí lo hacían. No debe extrañarnos, por lo tanto, el que algunos de sus libros, sobre todo en su primera edición, hayan sido encargados a artesanos cuyo trabajo de alguna manera se acercaba a ese ideal. Tal fue el caso del folleto de poemas que constituye el tema de la presente nota: *5 casi sonetos*, un pequeño cuaderno editado en París en 1931<sup>4</sup>. El responsable de la edición fue el poeta e impresor malagueño Manuel Altolaguirre (1905-1959), figura destacada de la Generación del 27, aunque tal vez más conocida por sus ediciones y sus revistas que por su poesía. Entre los dos poetas se estableció una correspondencia bastante nutrida, que se conserva cuidadosamente en la Capilla Alfonsina de la Ciudad de México. Y es con base en este interesante epistolario que pretendo trazar brevemente la historia de esta diminuta publicación<sup>5</sup>.

La relación entre Reyes y Altolaguirre comenzó en diciembre de 1926 cuando éste le escribió a aquél, pidiéndole su apoyo para *Litoral*, la nueva revista poética que él y Emilio Prados habían em-

<sup>2</sup> *Loc. cit.*

<sup>3</sup> *Loc. cit.*

<sup>4</sup> ALFONSO REYES, *5 casi sonetos*, Ediciones de “Poesía”, París, 1931. Los cinco poemas se recogen en *Constancia poética*, AROC, t. 10, pp. 101-104.

<sup>5</sup> Agradezco a las herederas de los dos poetas, Alicia Reyes y Paloma Altolaguirre, su generosidad en autorizar la publicación de esta correspondencia, de la que aquí sólo se citará una parte. El epistolario completo se editará en un próximo número del *Boletín de la Fundación Federico García Lorca* (Madrid).

pezado a editar un mes antes en su Imprenta Sur de Málaga. La reacción de Reyes fue entusiasta. Poco después, en su *Diario*, hizo la siguiente anotación:

Hoy domingo escribo a Altolaguirre y a Prados, los nuevos poetas de Málaga (*Litoral*). Éstos (Hinojosa, Jarnés, Alonso, Salinas, Guillén, etc. . . .), que también comienzan a publicar *Verso y Prosa*, en Murcia, me parece que van a darme, al fin, mi verdadero ambiente deseado, [. . .] de poesía nueva con toda la riqueza y perfección del siglo de oro.<sup>6</sup>

En respuesta a la invitación de Altolaguirre, Reyes le envió su poema "Trópico" (composición cuyo título luego cambiaría por "Golfo de México"). Escrito a raíz de un breve viaje a México en 1924, el poema fue publicado en el cuarto número de *Litoral* (abril de 1927). Fue su única colaboración en la revista. Como dejó dicho en su *Diario*, Reyes evidentemente tenía la intención de colaborar con cierta regularidad, y no sólo en *Litoral*, sino también en las otras publicaciones que iban editando los nuevos poetas españoles. Si no llegó a hacerlo, seguramente fue, en gran medida, porque de repente se interrumpió su estancia en Europa. En marzo de 1927 salió de Francia camino a Buenos Aires, adonde se dirigió para ocupar el puesto de Embajador de su país ante el gobierno argentino.

La correspondencia se reinició el 20 de junio de 1930. Ya para estas fechas Reyes se había vuelto a mudar de país: desde el mes de abril de ese año era Embajador de México en Río de Janeiro. Altolaguirre también se encontraba en circunstancias nuevas: disuelta su antigua relación con la Imprenta Sur, ahora tenía su propia imprenta, una maquinita de mano, en la que había comenzado a sacar unos cuadernos titulados sencillamente *Poesía*. Al retomar la pluma, ahora como antes, Altolaguirre le escribió a Reyes para solicitarle su apoyo; solicitud que, en esta ocasión, recibe, como primera respuesta, la publicación del artículo ya citado sobre "La imprenta medieval", un texto destinado precisamente a celebrar y promover el trabajo realizado por Altolaguirre en su imprenta de mano. "Manuel Altolaguirre vive en la Villa Jiménez, Limonar, Málaga", termina escribiendo Reyes, después de elogiar los primeros cuadernos de *Poesía*, "y merece todos los estímulos, todos los encomios"<sup>7</sup>. El homenajeado

<sup>6</sup> La nota está fechada el 13 de febrero de 1927. Cf. ALFONSO REYES, *Diario 1911-1930*, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, 1969, p. 181.

<sup>7</sup> REYES, "La imprenta medieval", p. 1.

difícilmente hubiera podido conseguirse una carta de recomendación más entusiasta y (firmada por quien la firmaba) de mayor autoridad.

La publicación de este artículo fue determinante, sin duda, en el mayor acercamiento entre los dos poetas que se nota en su correspondencia a partir de esta fecha. En noviembre de 1930 Altolaguirre se trasladó, con su imprenta, a París y desde allí empezó a enviarle a su amigo, además de los nuevos números de *Poesía* conforme éstos iban saliendo, muestras manuscritas de su poesía más reciente. Asimismo, a principios de 1931, y al margen de la revista *Poesía*, comenzaron a salir de su imprenta unas "Ediciones de Poesía", pequeños cuadernos en los que publicaba poemas y dibujos de algunos de sus amigos de París. La lista de los primeros autores editados incluía a Jorge Guillén (*Ardor*), Julio Supervielle (*Poema*) y Garlos Rodríguez Pintos (*17 de Febrero*), así como al propio poeta impresor (*Un verso para una amiga y Amor*). Una lista breve, pero prestigiosa, que Altolaguirre obviamente quería aumentar<sup>8</sup>. Al menos, fue con este fin que, el 14 de marzo de 1931, junto con una pequeña selección de estos textos, le envió a Reyes la siguiente carta:

Con *Ardor*, *Amor*, *Poema* y *17 de Febrero* le llegará esta carta. Jorge Guillén, Supervielle y Carlos Rodríguez Pintos son los amigos que me acompañan hoy. ¿Conoce Vd. a Carlos, el fino poeta del Uruguay? Sus nuevas poesías, muy distintas de las que escribiera en otra época, me gustan mucho y estoy encantado de acompañar mis versos por segunda vez con un poeta de América. Vd. fue el primero. ¿Se acuerda Vd. de su hermoso poema en *Litoral*? ¿Tendré la alegría de imprimir nuevamente algo suyo?

La respuesta no tardó en llegar y, como el lector habrá adivinado, tomó la forma del manuscrito de los *5 casi sonetos*, texto que saldría impreso poco tiempo después. Pero antes de entrar en detalles sobre la edición, valdría la pena detenernos un poco para considerar los poemas en sí. ¿A qué tipo de impulso obedecen?

Los cinco poemas fueron escritos en Madrid, entre 1922 y

<sup>8</sup> En esta colección, además de los títulos ya mencionados, llegaron a publicarse los siguientes: *Poema* (con versión francesa de Mathilde Pomès) y *Sonetos*, de Margarita Abella Caprile; *Un día*, de Manuel Altolaguirre; *Holofernes (drama sincopado)*, de Ventura García Calderón; *Saisons*, de Mathilde Pomès; *Cuerpos* (dibujos), de Gregorio Prieto; y *Día pleno*, de Carlos Rodríguez Pintos. Todos se editaron en 1931.

1923. Como indica el título de la serie, asumen la forma de "casi sonetos"; graciosa nomenclatura inventada por el propio Reyes para denominar aquellos poemas suyos que, en realidad, sólo se desvían del soneto tradicional en el uso de la rima asonante en lugar de la consonante. La innovación seguramente correspondía a la marcada preferencia del autor por una música callada, más sugerida que articulada, donde rítmicamente hay menos riesgo de caer en lo trillado.

Caracteriza los cinco poemas una aguda preocupación por el paso del tiempo. En "Madrid que cambias . . .", por ejemplo, vemos la melancolía del desterrado, inquieto porque la vida se le va en un país que, aunque querido, le resulta extraño y ajeno. El poeta interroga "la cara" de sus días madrileños, pero en balde: todo le resulta, finalmente, enigmático, impenetrable. Y mientras tanto lo único suyo —su tiempo, su juventud— se le va escapando:

Y me dejo rodar entre tus días  
—tu huésped viejo al fin— de mala gana,  
como ruedan tus hojas amarillas.

¿Qué hacer? Naturalmente, el poeta busca consuelo en el amor y en su recuerdo. Éste es el tema, implícito o explícito, de los otros cuatro poemas. En "Tardes así . . .", por ejemplo, que es tal vez el más transparente y más directamente lírico de la serie, el poeta evoca una aventura amorosa a caballo: "Suelos cabellos, húmedos del baño;/ olor de granja, frescor de garganta,/ primavera hecha toda flor y agua". Una experiencia en la que, gracias al amor, el poeta había vivido en plena armonía consigo mismo y con lo que él llama "el pulso de la tierra".

Experiencias como ésta, cuando evocadas, lo liberan, momentáneamente, de la enajenación en la que actualmente se encuentra. Y de ahí el anhelo que recorre otro poema del cuaderno, "Invierno fiel . . .":

Invierno fiel: devuélveme a los senos  
de la hora recóndita y alegre:  
la de colmar la voluntad de sueños,

mientras toda la sangre se suspende  
y las palabras, hechas resuellos,  
aletean en torno de las sienas.

Pero, ¿por qué tan sólo el recuerdo del amor y no el amor mismo? En "Sobre mi corazón. . .", el poeta responde a esta pregunta, ofreciendo como explicación el paso del tiempo: es un hombre, aunque no acabado, algo desgastado ya por la vida, incapaz de enamorarse y de apasionarse como antes:

Sobre mi corazón ternura nueva.  
Ofrecida una vez y otra la llama,  
a poco llanto, a poca lumbre queda,  
como tibieza de la tierra en calma.

La descripción es sombría, pero exenta por completo de auto-complacencia. Todo está dicho con sobriedad y distancia, el poeta midiendo sus sentimientos con una precisión que conmueve. Y, sin embargo, lo curioso es que en "Emanación de ti. . .", el otro poema de la serie, se cuestiona la verdad de esta interpretación de los hechos, al plantear el poeta mismo la posibilidad de que este discurso sobre su supuesta insensibilidad y agotamiento sea un simple recurso retórico; una estrategia a la que acude para protegerse de la pasión amorosa, precisamente porque sí es sensible a ella y teme su acción absorbente. Así el amor (y el poema que lo evoca) se convierte en una especie de juego al escondite, mediante el cual el poeta intenta esconderse de sí mismo y de sus emociones; un juego en el que por fin cae gozosamente vencido:

Emanación de ti, prenda tardía,  
un blando sol doraba el alto muro,  
y yo me preguntaba, ya inseguro,  
si vería tus ojos todavía.

Y para adivinar si te quería,  
junté mi voluntad en un conjuro;  
pero mi voluntad huyó de suyo,  
como la derramada luz del día.

. . . Una última ceja de la tarde,  
última libertad, último gozo,  
última paz, última fortaleza. . .

Llega la noche y me defiende en balde,  
porque tus zapatitos cautelosos  
ya venían pisando mi conciencia.

Pueden rastrearse aquí lejanos ecos de Quevedo ("Miré los muros de la patria mía. . .") y también imágenes nocturnas que nos recuerdan a Mallarmé ("Quand l'ombre menaça de la fatale loi", por ejemplo). Pero lo verdaderamente notorio es cómo estas y otras fuentes están plenamente integradas a la visión del propio poeta, a su tono inconfundible: esa hermosa mezcla de lirismo y humor, en que se van combinando lo prosaico con lo sublime, lo culto con lo coloquial. Dignidad y mesura, pero también espontaneidad y gracia, como en esta última imagen de "tus zapatitos cautelosos", que, con su delicioso diminutivo, parece introducirnos, de repente, en lo más íntimo de la experiencia del poeta.

Por lo visto, los poemas de Reyes le encantaron a Altolaguirre, quien, en seguida, y muy gustoso, aceptó el encargo de incluirlos entre sus ediciones. El 8 de mayo de 1931 le escribió nuevamente a su amigo mexicano, dándole detalles sobre la probable fecha de terminación de la impresión, así como abordando el delicado asunto del pago. Altolaguirre obviamente no quería convertir su trabajo en un comercio (a fin de cuentas, compartía la misma concepción del trabajo que Reyes); pero, por otra parte, sí necesitaba contar con algún ingreso, si no para comer, sí para comprar los materiales con que seguir sacando sus ediciones. Con cierta pena, pero también con un orgullo justificado en su trabajo, Altolaguirre se expresó así:

Sí, ya lo creo que le haré una edición preciosa de sus *Casi sonetos*. Me han gustado muchísimo y para mí es una gran alegría su encargo. Los imprimiré en los primeros días del mes próximo y en Julio recibiré los 100 ejemplares que me pide. Como soy muy pobre, no tiene importancia para mí el dinero. Si quiere ayudarme, cuando reciba la edición me hace el regalo de la cantidad que quiera. Unos pocos de francos que me servirán para comprar más papel. No puedo pretender ganar mi vida con un trabajo de tan poco rendimiento. Mi máquina produce con una limitación inverosímil y a costa de un esfuerzo alegre que sólo se compensa con el resultado. El ver bien impresas sus hermosas poesías es el único precio a que aspiro. Pero no tengo la vanidad de rechazar lo que ofrece. Vd. mejor que yo puede calcular el gasto y yo recibiré con agradecimiento la cantidad que sea.

Reyes, siempre comprensivo, entendía perfectamente la situación en que se encontraba su amigo, y con la misma delicadeza con que éste le había expuesto su apuro, y antes de ver ningún

ejemplar de la edición, ofreció pagarle 1 000 francos, una suma considerable en esa época. . . Mientras tanto, la edición siguió adelante, más o menos como estaba previsto. En una carta sin fecha, pero escrita, sin duda, a fines de junio o principios de julio, Altolaguirre anunció que el trabajo estaba hecho y que los 100 ejemplares, impresos con caracteres Bodoni sobre papel Manchester y Lafuma, ya habían salido certificados para Río de Janeiro.

La edición parece haber llegado a su autor en un momento de hastío y de profundo cansancio con la vida sudamericana. "Los días llegan cargados de tedio como nubes grises", explicó el 30 de julio, al acusar recibo del envío. "Siquiera en Buenos Aires la vida me sacudió a más y mejor y, aunque perdí el tiempo para las letras, tuve la suerte de ganar en otro orden unas cuantas cicatrices profundas. (Porque en la vida sólo se ganan derrotas)". Pero, a pesar del estado depresivo, se ve que el envío le ha proporcionado una gran satisfacción; de hecho, Reyes difícilmente puede expresar su gratitud:

El mismo día me llegaron su carta y los 99 ej. de mis *5 casi sonetos* (supongo que Vd. conservó el 100, y lo que siento es no habérselo firmado). Sencillamente, ha realizado Vd. un sueño. Estoy entusiasmado y agradecido. Crea que me cuesta trabajo distribuir, no digamos ya los ejemplares en Manchester, sino los mismos ej. en Lafuma. Eso es una voluptuosidad de los ojos, de las manos. ¡Ojalá lo fuera del espíritu en igual grado! Encontrará Vd. en esta misma carta el cheque de Frs 1 000<sup>00</sup> con que procuro compensarle sus gastos y esfuerzos, pero le aseguro que no siento saldada mi deuda con Vd.

¿Quiénes habrán sido los afortunados en recibir ejemplares de esta pequeña edición, hoy una verdadera rareza bibliográfica? No lo sabemos, aunque, a juzgar por lo que cuenta Altolaguirre en su siguiente carta, fechada el 18 de agosto, parece que uno de ellos fue a parar en manos del poeta español Jorge Guillén. "El ejemplar 100 me temo se lo llevara J. Guillén cuando me visitó en casa. Le gustaron tanto sus poemas que me parece se llevó ese ejemplar. Si a mi regreso en París no lo encuentro, a él se lo reclamaré, si Vd no puede enviarme otro con una querida dedicatoria". ¡Qué mejor homenaje al poeta y al impresor que esta amistosa expropiación!

Aunque Altolaguirre habría de volver a editar poemas de Reyes (dos textos suyos figuran en el quinto número de *Héroe*, la re-



vista que dirigió Altolaguirre en Madrid, entre 1932 y 1933)<sup>9</sup>, no volvería a publicarle ningún cuaderno. Y eso, a pesar de que en mayo de 1932 Reyes le propuso que le editara alguna "materia inédita del Brasil". Reyes tenía entonces listos para la imprenta su libro *Minuta*, un "juego poético" inspirado en las delicias de la comida y la sobremesa; y quizás también sus *Romances del Río de Enero*, un "poema" en once romances, inspirado en sus experiencias en el Brasil. Sin embargo, ninguno de los dos libros saldría publicado por Altolaguirre, ni tampoco ningún adelanto de ellos. Por lo visto, poco después de escribir esta carta, Reyes desistió de su propuesta. Por qué cambió de idea, no lo sabemos; aunque es posible que temiera que su amigo, que entonces pensaba dirigirse al Amazonas, no fuera a tener tiempo para hacer el encargo. El hecho es que los dos libros mencionados fueron impresos en Holanda por otro maestro impresor, A.A.M. Stols, los *Romances* en 1933 y *Minuta* en 1935.

Sea como sea, la edición de los 5 casi sonetos pervive como un pequeño monumento, recordándonos no sólo los fuertes vínculos de amistad que ligaban a Reyes con los jóvenes poetas españoles (un tema que seguramente merece más atención de la que ha recibido hasta ahora por parte de los críticos), sino también, y sobre todo, ese ideal de la "imprenta medieval", tan acariciado por el propio Reyes y tan fielmente encarnado por su amigo, el poeta e impresor Altolaguirre.

JAMES VALENDER  
El Colegio de México

<sup>9</sup> Los dos poemas eran "Ayer y hoy" y "Cacería divina", ambos fechados en 1931. El segundo poema, un casi soneto, fue luego incluido por Reyes en su libro *La vega y el soto* (México, 1946); el primero, si no me equivoco, no ha sido recogido en libro alguno.